ENTIERRO DE CARNAVAL

Osiris Rodriguez Castillos

GALERIA LIBERTAD

BIBLIOTECA NATIVISTA

es un paraje; es un camino.

Aunque para los no iniciados el gaucho es personaje antiguo y mediterráneo, nosotros sostenemos que ha vencido al tiempo y llegado a la costa. También creemos que puede cruzar el mar. Porque, sin duda, ha dejado de ser un hecho social para transformarse en un orígen cultural. Estamos contestes con Dn. Luis Pedro Bonavita en su "Crónica General de la Nación: con él, "avalamos la cultura como una posición frente a la vida". Y con Renán, sabemos que "todos los siglos de una nación son páginas de un mismo libro". Que "los verdaderos hombres de progreso son los que toman por punto de partida un respeto profundo hacia el pasado". Que "todo lo que hacemos, todo lo que somos, es el coronamiento de un trabajo secular".

Somos tradicionalistas militantes. En base a esto tratamos de estructurar una novelística trascendente. Por eso, ENTIERRO DE CARNAVAL no es un paraje sino un camino. Siguiéndolo, quizás un día pueda el gaucho cruzar el mar. Conque... a caminar pues.

EL AUTOR.

OSIRIS RODRIGUEZ CASTILLOS

ENTIERRO DE CARNAVAL

LOS DURMIENTES. — DOS CUENTOS DE PLATA

GALERIA LIBERTAD
18 de Julio 968 — Montevideo

Es propiedad del autor

Impreso en el Uruguay Printed in Uruguay

A Dña. María Julia Flores de Sienra ("mama Julia"!) y a Daniel, Amaro y Raúl Flores Sienra; "porongueros"; nacidos para la amistad como los hermanos V a l i e n t e para la leyenda...

ENTIERRO DE CARNAVAL

(Novela corta)

"...un día se revela que en el Dpto. de Tacuarembó hay cuatrocientas cincuenta mil hectáreas prácticamente perdidas, porque se trataba de tierras areniscas que fueron sometidas a un régimen de aradas aniquilantes."

. . . . . .

"...hay gentes que han conocido campos donde se hacían hasta dos invernadas por año en sus praderas naturales, y hoy no pasan de tierras ruines porque fueron campos destruídos por el arado."

LUIS PEDRO BONAVITA
(Crónica General de la Nación
Capítulo XI pág. 166.)

"No se expongan a sufrir
"una triste situación;
"sangra mucho el corazón
"del que tiene que pedir!"

JOSÉ HERNÁNDEZ

entierro de carnaval

1

Esta es una historia real.

Me la contó un personaje que me presentaron cierta noche en un bar.

Hombre raro...

Parecía gozar de una borrachera congénita.

Muy bien llevada sin embargo ..

Tanto es así, que ni siquiera puedo imaginármelo sobrio.

Creo, definitivamente, que era parte inseparable de su personalidad...

De todos modos, separarla, no hubiera sido solución.

Con el resto quedaba más que suficiente para un dolor de cabeza.

Hasta para el finado Freud.

Porque dicho "resto" se componía a grandes rasgos, de dos partes:

Una, totalmente en bruto; otra, singularmente cultivada.

"El hombre y la bestia", en fin, pero... todo en una pieza.

Se me dirá que esto es un solemne disparate...

Yo también lo pensé.

Pero eso no cambió las cosas. Y el hombre siguió siendo exactamente igual. A manera de dos líquidos incompatibles en un mismo frasco.

Glicerina... y ácido nítrico.

Fiel exponente de las taras de ambas condiciones, y tres, si no olvidamos la bebida, unía a una rara sensibilidad, ciertas caídas a la truculencia.

Su lenguaje, practicamente inverosímil, me llevó toda la noche de sorpresa en sorpresa. Por momentos se me hacía estar hablando con un erudito, y por momentos, con el "Abominable Hombre de las Nieves".

(Lo que resultaba bastante mejor)

Para colmo de males, el hombre tenía un ideal.

Tocante a este punto, se me reveló como perteneciente a la más pura casta de fanáticos. Cualquier observación discordante, le hacía brillar peligrosamente los ojos. Era entonces que acentuaba sus conceptos con el puño, tal como si quisiera clavarlos definitivamente a la mesa.

En dichos momentos, no era difícil imaginarlo empuñando el cuchillo de obsidiana de los "Altos Sacerdotes" precolombinos.

En fin: nos entendimos muy bien.

No sé gracias a qué raro mecanismo cerebral, el hombre me había tomado inmediata simpatía, y es de advertir que tuve el buen tino de no llevarle mucho la contraria. Antes bien, le dejaba expresarse libremente; por tanto, la narración que más bien prologo con estas palabras, no tiene otro mérito que el de haber logrado una versión casi literal de las expresiones de aquel raro espécimen.

La noche, por otra parte, se prestaba admirablemente para escucharlo. Llovía a cántaros, y la mesa a la cual nos habíamos sentado estaba junto a la amplia vidriera del café. Unos pocos transeúntes, repechaban un viento huracanado ganándole al tranco con la cabeza. De rato en rato el mismo viboreante relámpago nos hacía trizas la vidriera... Con el ingreso de cada parroquiano trasnochado, poderosas bocanadas de aire húmedo recorrían las mesas helando charlas...

Mi ocasional compañero, sin embargo, no parecía percibir estas cosas.

Estaba allí, casi amenazante en su ceñu-

da expresión, tratando de hilvanar ideas. Mientras tanto, consumía sus copas de ginebra con mecánica regularidad y, caso raro: después de tomarse una friolera, continuaba en el mismo grado de (¿digamos sobriedad?) en que yo le había conocido.

Indudablemente gozaba de una fortaleza física a toda prueba. Entre las pocas cosas que me dijo de sí mismo, ajenas a su historia, me enteró de que había pasado la mayor parte de su vida al aire libre.

"Tengo que regresar al campo". — solía repetir con expresión iracunda y como si algo más fuerte que él se lo impidiese.

"¿Usté se acuerda de la lucha de Hércules con Antéo?"

No; no recordaba...

"¿Recuerda que tuvo Hércules que despegarlo de tierra porque, apenas tocarla, se le centuplicaban las fuerzas?"

—¡Ah!, Sí; ahora recordaba.—

"Bueno: —concluía —ese es uno de los más valiosos mensajes de la antigüa Grecia".

Se me quedaba mirando de hito en hito como en espera de que se lo negase para transformarse al punto en Júpiter Tonante.

De pronto, y casi sin transición, se ponía a echar pestes en contra de la agricultura

indiscriminada de nuestro país: "Yo he visto tierras erosionadas, me comprende? Tierras traicionadas por el hombre y profanadas por las rejas! Y he visto un pueblo de miserables enclavado en esas tierras que debieron ser de alegría y riqueza." Así, a trancos y barrancos, terminó por contarme su historia que es, punto más o menos, la siguiente:

2

Fue en un pueblo perdido en la noche.

Parecía no existir hasta que, repechando una loma, uno daba con él de manos a boca.

Llegamos en un "Jeep" casi por casualidad.

Eramos cuatro en tren de "farra".

En medio de una borrachera nos dijeron que había baile en Pedregal.

Fuimos.

Nos habían dicho que era un pueblo miserable.

Era peor.

Cuando enfilamos la única calle, vimos la iluminación "extraordinaria" que anunciaban los volantes: Una hilera de veinte lamparillas, de cinco en cinco metros, sostenidas por postes de eucalipto.

Verdes. Rojas. Azules.

Un motor "a gas pobre" les prestaba corriente latiendo en un "tus-tus" empecinado...

Le confieso que aquel motor me resultó obsesivo. Parecía tener una lucha desesperada con la noche. No era totalmente rítmico. Tampoco su sonido mantenía la misma intensidad. Latía como un corazón enfermo...

Se diría que, en cualquier momento, el miserable carnaval fuese a proseguir a oscuras sin que a nadie le importase, salvo a aquel artefacto moribundo.

(Como pueden ver este señor es poco menos que un esquizofrénico; pero vean el disparate que me soltó a continuación:)

El carnaval, en cualquier lugar de nuestra tierra, es una cosa mala; bochornosa. La gente, no se alegra: se degrada. Su risa suena falsa; sin motivo. Sin alegría. Sin esperanza.

Donde quiera que lo he visto, me pareció la fiesta de los desesperados.

Pero allí era peor.

De haber sido Dios, hubiera bajado a aquel pueblo a deshacer cabezas con el taco.

No merecían vivir.

(Esto de deshacer cabezas con el taco parecía una obsesión.)

Pero yo no era Dios.

Era un borracho más entre ellos, desesperado y solo.

A través del parabrisas vi llegar un enjambre de chinitas atraídas por la luz.

(...Cascarudos?)

Andaban por la calle a tropezones y no se daban cuenta...

Miraban asombradas el "derroche de lujo" del Marqués de las Cabriolas; **un negro viejo puesto en "seda cristal" y lentejuelas.**

Parditas bonitillas, con los rostros blanqueados como ranchos, pasaban arrastrando serpentinas en los pies polvorientos...

Algunas, sacaban papelitos de un bolso de cretona con jareta, y, "apenas una pizca", le ponían a los mozos por el pelo, como quién pone sal a la comida...

El corso iba y venía por la cuadra casi ordenadamente.

Tras el último poste, daban vueltas comenzando de nuevo.

De pronto, antifaces y máscaras me parecieron tapaojos: —los que no los llevan, serán ciegos— pensé.

Me acordé de la trilla en su manera an-

tigua, y ya el corso fue un círculo de bestias trillando serpentinas...

Parvas de serpentinas...

Montañas de serpentinas...

"Arre Pueblo!"

Todo este pueblo trilla por un jornal de alegría, y no le pagan!

Ellos la sembraron; ellos la trillan... y no les pagan!

Arre!"

Pero... el Patrón: ¿qué gana en esta siembra?

El les dió campos, vacas, brazos fuertes!

Y ellos trillan ahora serpentinas por un jornal de alegría...

"Arre Pueblo! Arre!"

Si yo fuera el Patrón les aplastaría las cabezas con el taco!

*

* *

Bajando del "Jeep" nos metimos en el café.

Era la única casa grande del pueblo. Estaba en el medio de la cuadra.

Era en sus fondos donde el motor "cardíaco" residía bajo un cobertizo. Más vieja que el pueblo, consistía en dos grandes

salones. En las sucias paredes se notaban aún las huellas de una reforma.

A todo lo largo del salón principal corría un antiguo mostrador de roble.

Bajo; apolillado; con mesa de estaño. Detrás, la estantería se perdía en las sombras que bajaban del techo de ladrillos.

Cargada de botellas polvorientas, alzaba su estatura amenazante como próxima a derrumbarse sobre los parroquianos.

Estos, cimbrando el sucio piso de madera carcomido por el tiempo, formaban una absurda mezcolanza de seres reales y ficticios.

Al lado del peón recién llegado al pueblo, limpio olor a caballo y a camino, hipaba un Arlequín cuyos remiendos eran más realidad que fantasía. En un rincón, una "María Antonieta" en alpargatas alargaba en la noche su única cerveza... Y había un Pierrot en patas y un "mosquetero" negro. Trajes de calle... Disfraces de arpillera...

Algunos de ellos parecían haber hallado con las bolsas la única manera de vestirse...

Era una cincuentena de almas que "madrugaban" en espera del baile.

La calurosa noche era demasiado grande para aquel puñado de matracas y pitos.

Saliendo al patio trasero, casi al campo, parecía que la noche se apretaba una herida.

Porque el corso era eso: una especie de tajo diminuto sobre el inmenso campo ennochecido...

Dos absurdos borrachos orinaban contra el alambrado.

Y dijo uno mirando las estrellas: "Pobre Purifico!"

El otro, Cyrano traducido, con la nariz enorme y el saco dado vuelta, confirmó en un eructo...

Volví al estaño...

Mis compañeros repartían en grandes vasos un porrón de ginebra.

"Toma" —me dijeron—. Miré el vaso con asco y lo empiné hasta la mitad.

Cambiaron una sonrisa comprensiva: Me estaba embruteciendo.

(Siempre que me emborracho, peleo. Y a ellos les gustaba...)

Por la puerta de calle, una murga de desarrapados pasaba y repasaba con gran "chimbúm" de bombo y tapas de olla...

El segundo salón estaba a oscuras...

La pared medianera abría dos puertas. A través de ellas, sendos manchones de luz, trapezoidales, se derramaban en el piso y ascendían por enfrente.

Eran como dos guasos fantasmas sentados contra la pared.

Con esa poca luz, vi los adornos.

De rincones opuestos, dos guirnaldas de papel de cometas caían en un vuelo de murciélagos...

El engrudo, aún fresco, manchaba el suave rosa, el amarillo, el pobre azul, el verde desteñido...

En los muros, payasos mamarrachos sobre cartones grises, apagaban las lunas de Venecia...

Un piano forastero se aburría sobre el estrado de cajones...

Las sillas de Viena desfilaban rengueando contra las paredes...

Apuré el medio vaso y volví al mostrador.

Me lo llenaron nuevamente, y decidí llevarlo al corso.

Pero nos quedamos en la puerta.

Y pasó un oso gris con cascabeles.

Lo llevaba de tiro un indio viejo, tocador de guitarra.

Al pasar, preguntóle el viejo al oso: "...Contaste cuánto hicimos?

Y el oso contestó: "...Veintiocho riales."

...Era un oso formado con receta de Poe; de plumas y alquitrán.

3

Me volvía para entrar cuando algo me hizo permanecer como clavado.

De las sombras lejanas, tras el último poste, apareció aquella máscara.

La ví como a través de un cristal enturbiado por la lluvia:

Vibrada... media... triple...

Y otra vez sola.

Jamás había visto una máscara semejante!

Vestía el hombre ,calzado con tamangos, una bombacha blanca sujeta a la cintura por medio de una vieja corbata.

La camisa, descolgaba en "banderas" los faldones...

Pero lo extraordinario, era la máscara en sí.

No puedo describirla más que como la expresión del más brutal de los sarcasmos.

Las curvas de la boca, persiguiendo una línea de optimismo, se abrían en monstruosa carcajada.

Las cejas y los ojos, en cambio, mostraban un abyecto pesimismo.

Se me ocurrió: "Es el rostro de este pueblo".

"Alegría de la boca que desmienten los ojos. Alma oscura y perdida que debió de ser clara como corresponde a toda criatura de Dios."

El hombre era alto como de un metro noventa; con los brazos potentes y las manos capaces.

Parecía un árbol... pero atacado en el cerno.

Fuerte... pero a punto de caer.

No puedo explicarlo de otra manera.

Venía por la calle tambaleando, e... imagine!

...Lloraba a todo grito!

Lloraba, y su boca desmentía su llanto.

Su boca que subía hasta las orejas como en una mostruosa carcajada!

Y la gente reía hasta las lágrimas!

Hasta paró la "trilla" para verlo y entonces... se cobraron el salario:

Reían y reían!

Más, más alto cuanto más desgarrado era el sollozo!

El, les miraba entonces en silencio...

Daba vueltas en torno y les miraba...

Les miraba...

Después, como en un golpe de locura, se agarraba de nuevo la cabeza doblándose hasta el suelo...

Sollozando...

¡Y la gente reía locamente!

¡Y le palmeaban!

Y le decían: "Pobre Purifico!" "Sos grande, Purifico!"

Y a toda voz, por grupos le vivaban!

—Usté ya me conoce. Usté ya sabe que yo hubiera querido matarlo.

Apretarle el maldito gaznate hasta que muriera diciéndole entretanto: Muere; miserable pagador de un salario de risa. Muere; condenado circulador de la moneda falsa de la risa del hambre! Muere; Cristo del ridículo! Apóstol de la Bajeza! Señor de la Humillación!

O, mejor, no decirle nada. Darle de gol-

pes hasta que cayera y luego deshacerle la cabeza con el taco—.

Pero... no lo hice.

Apuré el medio vaso de ginebra y regresé al estaño.

Allí me desquité con más ginebra.

Uno, dos y tres vasos.

...Había algo para ahogar, comprende?

Algo amargo y caliente que subía como de la entraña...

Algo salvaje también; y hondo.

Algo... como inspirado por la tierra profanada.

* * *

Había un peón allí... recuerda?

Ya había visto yo su caballo trabado bajo un árbol del patio.

Ni le aflojó la cincha; estaba allí de paso.

Nada tenía que ver con todo aquello...

Observaba impasible sorbiendo muy de a ratos un traguito de caña.

Su mano, oscura y grande, elevaba el vasito despacio hasta la boca...

Con tres dedos tan sólo...

Con delicada y sólida torpeza.

Una barba entrecana, de seis días, le acentuaba los rasgos poderosos.

De rato en rato, acomodaba el cuerpo haciendo tintinear una espuela...

Puesto el listado poncho de verano, y el sombrero en la nuca, miraba como ausente... frío y calmo.

Era sólo un testigo.

Nada tenía que ver con todo aquello...

*
* *

"Purifico!"

"Ahí viene Purifico!" —gritaron unos, desde la puerta—

Purifico entró aullando como un poseso.

Y recomenzó la noria: "Sos grande, Purifico!"

Le daban copas llenas que él echaba en grueso chorro por la enorme bocaza de la máscara.

Luego, largaba el llanto nuevamente.

Tenía que ser un hombre endiabladamente fuerte para resistir aquello.

Sin embargo, algo había en él que parecía derrumbarse...

Mirándolo, llegó a erizárseme la piel. No sé si sería desagrado o angustia...

"Dios! Que no se meta conmigo porque lo mataré" —pensaba—.

Para no verlo, me volví apoyándome en el mostrador.

Desde allí, el mozo que pulía el estaño a fuerza de estropajo, "es grande!" —me decía entre risas y lágrimas sacudiendo la grasienta cabeza—.

Traté de encerrarme en mí mismo.

Pero no llegué a andar mucho por dentro.

...Había cosas ahí. Trastos. Y estaba muy oscuro. —Un desván—

Salí a mirar las botellas de la estantería.

Rojo... granada; amarillo... limón; oro... caña; verde... menta.

Subían en un alto muro de reflejos diabólicos para después descolgarse como en una cascada alucinante...

"...Que no se meta conmigo!"

Apuré un vaso lleno, y entonces sentí que una mano fuerte y grande se engarfiaba en mi hombro.

Me volví lentamente... y ví la máscara a no más de dos cuartas de mi rostro.

Por sendos agujeros, dos ojos se clavaban en los míos...

Lacrimosos... absurdamente patéticos.

La gente había callado y me miraba...

Mis compañeros mismos me miraban...

Y todos me miraban como si yo tuviera

que hacer algo que, inexplicablemente, se me escapaba...

Había un silencio grande...

Grande...

Las matracas del corso se oían muy lejanas... y el "chimbún" y los pitos... Cerca, sólo se oía el motor latiendo arrítmico...

"¿Será el corazón de Purifico?"

Volví a mirarlo.

Inmóvil, parecía un gran espantapájaros con los brazos pendiendo en ramas desgajadas...

Me miró lagrimeando...

"Pagale la copa" —me dijo un borrachito impertinente de nariz colorada.

Purifico pareció ahogar un sollozo.

"Andate" —le dije—. "Andate".

Se me quedó mirando de hito en hito, y después largó el llanto sin moverse...

La gente prorrumpió en atronadoras carcajadas: "¡Es grande!" "¡Es grande!" "¡Viva Purifico!".

De pronto, todo se me volvió rojo.

Le había dado al miserable una oportunidad y todavía se mofaba!

Fue entonces que le pegué.

Arranqué un golpe desde la cadera que lo calzó de lleno en la barbilla. No la sentí

ceder bajo la máscara, y el impacto por poco me resiente la mano. Purifico, no obstante, salió trastabillando hasta caer bajo una mesa. "¡Qué animal!" —pensé— "Tendré que pegarle en otro lado".

Los parroquianos se abrieron en oleada, dejando espacio libre.

Quedé aguardándolo medio agazapado.

Si alguna vez iba a encontrar mi "horma" parecía ser aquella...

Aquel hombre debía pesar poco menos que un buey.

En medio de un silencio impresionante, Purifico se alzó muy lentamente. Después...

"Buaaaaaa! ah, ah, ah, ah!" Lanzó aquel llanto como de niño chico castigado! Girando cautelosamente sobre mí mismo, le seguí con la vista.

...Se encaminó a la puerta. ¡Jamás me sentí tan desconcertado!

Salió llorando a gritos...

Observé cauteloso a los presentes por si acaso.

No era difícil que alguien se hubiese disgustado.

Pero nada; seguían comentando la "broma" entre risotadas guarangas, aludiéndo-

me con entera libertad y sin curarse ni poco ni mucho de mi presencia...

Sólo a un matón barato se le ocurrió "tantearme":

"Se está buscando alguna puñalada hermano..." —me informó suavecito—.

—¿Si?—

"Si".

—...Bueno.—

Se alejó resentido...

Al acercarme al mostrador me pareció que el peón me miraba con impersonal y fría solidaridad. Después se fue despacio por el fondo...

Me quedé desconcertado frente a una nueva copa.

Aquello no podía ser; allí había algo que no concordaba.

La mano resentida me insinuaba que aquel hombre, de haber peleado, me hubiese dado no poco trabajo.

No estaba de acuerdo su reacción con algo que había en él y que yo no acertaba a precisar...

...La "murga" de astrosos seguía pasando frente a la puerta:

Chim-búm chim-búmbúm.
"Se va el caimán, se va el caimán;
"se va pa Montevideo,
"porque dice que en el pago
"ya "el asunto" está muy feo!"

"Si; aquí hay algo que se va" —pensé.

Desde la puerta, vi al peón cruzando el "corso".

Típico.

Al trote largo.

...Indiferente.

4

Alguien encendió las luces del salón y los músicos comenzaron a afinar sus instrumentos.

La "orquesta" constaba de una batería, una guitarra, un bandoneón, un violín, y el piano.

Comprendí lo que iba a ser aquello, aunque nunca imaginé que comenzarían con un "Swing". Pero lo hicieron.

¡Había que ver las caras de "alegría profesional" que ponían aquellos infelices!

De todos modos parecían un poco asombrados de estar allí y no en pleno Holly-

wood filmando una película musical en "deslumbrante technicolor".

Entretanto, el "corso" se había adelgazado como una cañada sorbida por el sol.

El "sol" era el salón ya abarrotado de ancianas y muchachas modositas sentadas con "cara de público" al correr de las paredes.

Los hombres, agolpados en las puertas, parecían no estar invitados.

...Algo iba a suceder allí que ellos, por fuerza, deberían presenciar.

Algunos conservaban el sombrero en la mano como quién vino de paso...

Los disfrazados, más valientes, hasta se atrevían a entrar. Recorriendo rápidamente las hileras de sillas, les pegaban unos bufidos a las damas y dando una espantada volvían a las puertas protectoras.

"Ellas" bajaban los ojos modestamente y cuchicheaban entre sí.

"Ellos", les miraban como obsesionados... Algunos con desembozado deseo; otros, como a cosa lejana... inalcanzable.

Nadie bailaba.

"Alguien" o "algo" iba a dar una señal, y entonces bailarían; pero hasta entonces nó.

Esperaban con angustia...

El anémico corso seguía repasando la puerta con su murga:

"Chim-búm chim-bum-búm;
"Chim-búm chim-búm-búm;
"Se va el caimán,
"se va el caimán;
"se va pa Montevideo..."

Por contraste con el ruido interior, se hacía distante, desesperado, histérico...

...Era como un contrapunto entre el salón y la calle.

Ganaba el "swing".

De pronto, me inspiró la borrachera: "María Antonieta" seguía allí, alargando su cerveza a través de la noche. Debajo de la mesa, veía sus barbudas alpargatas menudeando el compás nerviosamente. Parecían dos bichos del campo trabados en pelea. La más barbuda (¿la derecha?) parecía a punto de vencer, pero llegué a tiempo: las espanté, y corrieron a refugiarse bajo la pollera.

"...¿Bailamos?"

Me miró negramente y me siguió a remesones.

"¡Este Juan es macanudo!" —dijeron mis compañeros en la puerta—.

...Puse cara de imbécil.

La enlacé por el talle y comenzamos a macaquear furiosamente.

(No se bailar "swing"; nunca he sabido; pero logrando "la cara", lo demás es cuestión de más o menos pataleo) .Además "María Antonieta" bailaba muy bien. En medio del salón la solté para que improvisara. Enarboló un dedito "americano" y comenzó a combinar las alpargatas con una habilidad despampanante!

Era la señal.

Un hombre se zambulló en el salón temerariamente, como quien se tira al río, y sacó a bailar a una muchacha. Pronto fueron sumándose parejas y, a poco, aquellas tablas retumbaban con el mal de San Vito colectivo. Las chinitas sudaban desgreñadas con los ojos redondos y brillantes. Conducidas, estrujadas, tironeadas, levantaban las cabezas en un anhelo de aire, como reses nadando en la creciente. Pronto comenzó a crecer la polvareda traída por las suelas. Los mirones tosían entre el humo. De nuevo era la trilla. Aquella trilla sin salario, sin gloria, sin espigas...

"¡Arre Pueblo!" —me brotó de los labios.—

"María Antonieta" festejó la "broma": "Mismo"... ¡Yo estoy cansada como una vaca!..."

Caballerosamente, llevé las alpargatas a su mesa y las dejé peleando encarnizadas...

Salí por aire fresco hasta la puerta.

El corso ya moría. Las últimas máscaras andaban como buscando algo perdido en los montones de serpentinas y papelitos...

Se me ocurrió que, no habiendo encontrado la alegría en la fiesta, la buscaban aún en la basura...

"Pobre Purifico" —me sorprendí diciendo —¿Sería contagio?

Aquellos últimos seres que ambulaban por la calle, se me antojaban desamparados...

Era como si **alguien** les hubiera prometido **algo** que luego no les dió.

Quizás seguían allí en espera de un milagro...

Con sus burdos disfraces y sus barbas, sus máscaras baratas y sus bolsas, parecían personajes de un drama que ni siquiera se estrenó...

O acaso les habrían mandado a caracte-

rizarse para entrar en escena, y luego resultó que sobraban en el reparto...

De todos modos, la calle estaba sola a pesar de ellos...

La calle, ellos y yo, estábamos solos...

Un suave viento negro se levantó en las sombras...

Llegó arremolinando serpentinas que empujaba despacio más allá de la luz.

El motor "a gas pobre", resitía latiendo moribundo...

Aquella gente comenzaba a irse. Quizás el viento negro los guiaba, paternalmente, de vuelta a las tinieblas... Les hablaba al oído y les mostraba que no había nada bajo la basura. Nada... más que la la tierra erosionada de "Pedregal".

Se fue una mujer de luto con un niño en brazos y otros dos agarrados de la falda.

Se fue el oso de Poe; tristemente; contando sus monedas... Y el viejo guitarrero, trotó a su lado preguntando: ¿Cuánto?

Se fueron todos; poco a poco. Todos, sumados, no eran nadie.

...Sólo se fue algo.

Entonces, me golpeó la mirada algo distinto. Por enfrente, llevaban un entierro. Me costó convencerme. Era un desfile macabro. El féretro, larga caja cubierta por un paño negro, dejaba ver la cara del finado.

"Chim-bum; chim-bumbúm.
"Chim-bum; chim-bumbúm.
"Se va el caimán;
"se va el caimán..."

El "cortejo" era la murga.

Se retorcían en una mímica de ramas lamidas por el fuego.

Cantaban, aullaban; brincaban desaforadamente. Había en ellos algo de maligno. Parecían sacerdotes de un culto sangriento encaminándose a la piedra de los sacrificios... Llevaban un estandarte de seda roja con letras doradas. Se llamaban, "Los Mensajeros del Destino"...

Después me di cuenta de que el "muerto" se llevaba a sí mismo. Era Purifico!... Por un agujero practicado en el fondo de la caja, hacía emerger aquella máscara en la cabecera. El extremo delantero iba sostenido por otro "enterrador". Aquel llanto, subiendo poco a poco al alarido, me hizo

correr un lento frío por la columna vertebral.

Era una broma, claro... (Luego me enteré de que la caja estaba llena de asado y botellas de vino preparadas para una "farra"). Y sin embargo... Una sensación de alucinante realidad trascendía de la burla...

Quedé como clavado en medio de la calle mirándoles irse hasta que los tragó la noche...

Ahora sí: la calle estaba sola con aquel viento negro barriendo serpentinas...

5

"¿Usté fue el que le pegó a Purifico?"

(Hacían horas que estaba junto al mostrador. Mis compañeros andaban por allá... bailando o algo así. ...Cuando estoy solo, ¿sabe? se me ocurren ideas. No me aburro, no, nada de eso. Dejo vagar a gusto la cabeza y, por lo general, pienso en la gente... Me gusta la gente. ¿Comprende? Cuando hablo de romper cabezas es por eso: porque me gustan, y no los puedo ver haciendo cosas reprobables. Bueno; como le decía:

harían dos horas que estaba allí, tranquilo, cuando sentí aquella voz:)

"¿Usté fue el que le pegó a Purifico?

Me volví con cautela, pero no era más que el borrachito impertinente de la nariz colorada. Le miré inquisitivamente, y volvió a preguntarme con aquella lengua medio trabada: "¿Usté fue el que le pegó a Purifico".

—Sí.—

"No debió pegarle al pobre".

—...¿No?—

"...Es un Cristo. Un pobre Cristo. Siem-
"pre fue un Cristo. Desde que era chiqui-
"tito así: (puso una mano abierta como a
"medio metro del suelo)"

"No debió pegarle."

"... Para qué le iba a pegar ¿Eh?"

"...Bueno —se encogió de hombros— a
"lo mejor está bien que le haya pegado...

"¡Uno qué sabe!... ¿No? —hizo un gesto como abarcando todo el pueblo—

"¡Aquí, todos le hemos pegado!"

"¡Hasta yo!"

...¿Usté?

"Sí... cuando íbamos a la escuela".

"¿No vaya a creer, eh? Entonces él ya
"era el doble que yo... y el doble más
"fuerte que yo. Mire: cuando Purifico te-

"nía unos quince años, doblaba fierros grue-
"sos así: (me enseñaba el pulgar).

"Los doblaba sin hacer fuerza; como si "fueran de jabón. Y entonces, después que "los doblaba, venía cualquiera de nosotros "y le pegaba, y él se quedaba allí como un "Cristo... lagrimeando; y no contestaba."

Sentí que se me revolvía el estómago y tuve ganas de deshacerle la cabeza, pero me contuve. En cambio, le contesté con frialdad:

—Sería muy cobarde...—

"¿Cobarde Purifico?... ¡Vamos! —se "ofendió—

"¡Aquí no hubo nunca nadie más guapo "que Purifico!"

"...Vea: Cuando las crecientes grandes "del "treinta y tantos", ¿se acuerda?"

"Aquí el arroyo se llevó hasta los ran-
"chos...

"Nadie se animaba a pasar...

"Bueno. Se estaba ahogando el hijo de "una lavandera; gurí chico; y ningún hom-
"bre se tiraba.

"¡Hacía un frío bárbaro!... Me acuerdo "que era por el mes de julio.

"La correntada había llevado al gurí "contra unos sarandises y allá estaba; en-
"redado; subiendo y bajando... —De a

"ratos gritaba... pero cada vez más des-
"pacio...— Nosotros estábamos mirando "medio avergonzados porque la madre llo-
"raba a los gritos y nadie se tiraba...

"De golpe llegó Purifico y se tiró.

"Sin un gesto. Como cuando doblaba los "fierros. Lo mismo.

"Y lo sacó. Pelió con el agua como una "hora, y lo sacó. Eso sí: para el otro lado. "Parece que no pudo volver con él. Estuvo "muchas horas del otro lado. Hasta que co-
"menzó a bajar el arroyo. No sé cómo "consiguió encender fuego y lo abrigaba... "Alguna gente salió de a caballo a buscar "paso, pero, ¡qué iban a pasar! El arroyo "tenía como quince cuadras de ancho y ve-
"nía arrastrando majada muerta... Cuando "consiguieron pasar, él ya había vuelto a "nado con el gurí...

"Me acuerdo que después... estábamos "en la escuela: Vinieron las autoridades y "le dieron una medalla de plata.

"El loco estaba en patas frente a la for-
"mación. Muy contento.

"Le cantamos el Himno... y vino alguien "y le prendió la medalla.

"Era muy linda. De un lado decía: "Pre-
"mio al valor". Y del otro: "Al niño Puri-
"ficación Pérez, la Patria reconocida."

"Y... ahora va a ver lo que hizo este "animal. ¡Se fue al boliche; compró un "quilo de galletas, yerba, azúcar, creo que "una boina azul... y pagó con la medalla!"

—¿Yo no podía hablar, comprende?

Estaba como petrificado escuchando al borrachito miserable, cuando lo que tenía que hacer era romperle la cabeza con el taco.—

Luego me contó cómo, de todos modos, le siguieron escarneciendo:

"...¿Ya era una costumbre, sabe?

—...No sólo en el cuerpo le daban; tambien en el alma.

Se hizo hombre y tuvo los trabajos más humildes.

Carpía veredas... llevaba las valijas de los viajantes...

Cambiaba mandados por insultos; favores, por puntapiés.

A través de los comentarios del borrachito no era difícil imaginar la larga Via Crucis de aquel hombre, con su humillada fuerza sosteniendo una invicta mansedumbre...

Pero... poco a poco la maldad se fue afinando:

"Tenía mujer, sabe? Una pardita joven.

"Ella parece que lo quería; pero este in-"feliz la mataba de hambre.

"Claro... con lo que le daban por las changas. —Rió contento de su agudeza—

"¿Se la llevaron, entiende?... Para Montevideo.

"...Le calentaron las orejas diciéndole que iba a ganar mucha plata con "la calle".

"Fue hace dos o tres días no más... Primero, anduvo pidiendo plata para el ferrocarril, y... era la risa! ¡Quién le iba a dar! Y... ¿no ve que es loco? Ahora salió de careta y llorando a gritos para el "entierro del carnaval"

¡Recién comprendí del todo a Purifico!

El, Purificación Pérez, llevaba en golpes y en infamias sobre sí, los más grandes pecados de aquel pueblo. El era el **"chivo emisario"** de los miserables. Ahora, todo coincidía; hasta su extraño nombre de **"Purificación."**

Nadie había ideado nunca una afrenta más grande.

En una sola noche, pagó todo el salario de la risa. Removió la maldad hasta las heces, y **"fue crucificado, muerto y sepultado"... en carnaval!**

Poseído repentinamente por una premonición, sacudí al borrachito:

—¿Sabe dónde vive?—

"¿...Quién?

—¡Purifico, animal!—

"Sí —contestó impresionado— aquí cerca..."

Lo alcé como a un fardo y lo metí en el "Jeep".

En un minuto, frené junto a la portera de un rancho que iluminé con el "huellero".

Allí, en el patio, "Los Mensajeros del Destino" tocaban entusiasmados.

"Chim-bum; chim-bumbúm;
"Cim-bum: chim-bumbúm:
"Se va el caimán,
"se va el caimán...

Me enfrenté con uno que empinaba una botella:

"¿Purifico está adentro?"

Se secó los labios con el dorso de la mano...

"¿Sí... no te acordás?"

Seguían tocando y cantando cuando eché todo el peso de mi cuerpo sobre la puerta...

Cuando ésta se vino abajo, la luz del

"huellero" se lanzó como un perro dentro del rancho...

Pareció empujar al cadáver...

Purifico se había colgado de un tirante... sin sacarse la máscara...

Desde allí, reía con aquella boca que subía hasta las orejas como en una monstruosa carcajada...

Se balanceaba suavemente al compás de la murga:

"Chum-búm; chim-bumbúm
"chim-búm; chim-bumbúm..."

El borrachito estaba a mi lado con los ojos desmesuradamente abiertos...

chim-búm; chim-bumbúm..."

El motor "a gas pobre" latía lejanamente...

Y Purifico nos sacaba su larga lengua muerta por la trágica boca de la máscara...

l o s d u r m i e n t e s

(Novela corta)

1

el camión

Fue en una tarde de lluvia, por el mes de agosto.

Yo había pasado la mañana en la cocina tallando una canoa.

Como escampó temprano me resolví a probarla.

Salí en patas husmeando tortas fritas.

Había un cielo muy redondo, de color violeta, y el Arco Iris era particularmente luminoso.

Todavía caían goteras del techo de chapas acanaladas, pero ya el ranerío recomenzaba a pedir agua.

Pie sobre pie, sentado en la vereda de ladrillos, hundí la mirada en la cuneta.

El agua, pasaba amarilla y arrugada de frío.

En el silencio del pueblo comenzó a crecer un ruido poderoso.

Recuerdo que me dió miedo.

A las cansadas, apareció un camión. Era el primero que yo veía.

Después supe que se llamaba "Renault". Era todo de fierro y de ruido.

Por causa del ruido, parecía más de fierro.

Pasaba lentamente con sus enormes ruedas de caucho macizo.

Naturalmente, en mi pueblo había automóviles. Lo menos, tres "Forchelas".

Pero el "Renault" era distinto y, además, cargaba piedras.

Esto me dio mucha risa, porque... a quién se le ocurre andar con algo tan grande cargado de piedras!

Por mi pueblo pasaban muchas carretas. ¡Muchas!

Y siempre cargaban lanas y cueros. Cosas serias. Eso, cuando iban hacia el sur. Cuando volvían traían cajones, barricas, rollos de alambre...

Cosas serias también. ¡Pero piedras...

Las carretas paraban en el almacén de "Ramos Generales". Eran tiradas por bueyes de gran cornamenta. A estos se los llamaba "franqueros".

Venían babeantes, poderosos, pero con las cabezas humilladas bajo pesados yugos.

Siempre me hacían pensar en (el finado) Jesús de Nazaret.

Esa tarde se deben de haber quemado las tortas fritas. La gente salió a ver el camión.

Las vecinas se hablaban hasta de media cuadra: "¿Lo vido? —¡Cualo! —"¡El cañón!" —¡Nó... pero le oi el ruidaje!... ¡Qué bárbaro!—

Otros repetían las palabras: "Vía"... "Civilización"... "Fuentes de trabajo"...

A mí, la correntada de la cuneta me llevó la canoa...

Es que había quedado medio bizco de admiración.

Pero después, todo resultó muy interesante:

A los pocos días comenzó a llegar gente por los cuatro rumbos.

Venían en volantas, en carros, a caballo... Hasta de a pie llegaron familias enteras.

Parece que había trabajo para todos.

Mi padre dijo que desaparecerían las carretas y los troperos. Que el pueblo

cambiaría. Que quizás, pronto fuera una ciudad...

Lo decía con cierta nostalgia sin embargo. El siempre andaba con libros, pero también le gustaban las carretas. "Míralas bien, —me dijo una vez— tienes la suerte de presenciar algo que ha sido muy lindo y que se va..."

Y yo miraba bien.

No sólo las cosas; sobre todo, la gente.

Porque yo ya sabía que la gente también se va.

2

el picapedrero

Al poco tiempo el pueblo se había tonificado mucho.

Había más boliches, y todos trabajaban.

En cualquier ranchujo se ponían un mostrador y unos estantes.

Era tan fácil, que los gurises empezaron a jugar "a los boliches" y "a la vía".

También el Hospital trabajaba más...

Todos los días llegaban camiones con accidentados...

Recuerdo que un picapedrero murió por insolación. Fue por el mes de enero.

Era uno de esos días en que los perros jadean a la sombra.

Ya lo había dicho mi padre al levantarse: "hoy cantará la chicharra..."

* * *

Yo lo conocía.

Era un paisano alegre de brazos poderosos. Una vez le había visto trabajar en el Huerto de los Talas partiendo granito. Me explicó como se hacía:

"¿Ves?... Se hacen tres o cuatro agujeros en línea sobre la piedra. Luego se ponen los pinchotes, que son estos fierritos con punta. Son muy duros. Y luego se los golpea con el marrón. Despacio. Se le llama "ir templando los pinchotes". "Después la piedra comienza a "hervir"... oye; oye como "hierve" la piedra... ¿ves? Yo se partió. Es lindo ser picapedrero!" —me decía—.

¡Ya lo creo que era lindo!

El estaba allí, en la soledad del Huerto, trabajando tranquilo.

Y cerca de él cantaban los pájaros, y el

aire andaba con olor a marcela y a romero...

Pero después se murió.

Fue cuando su cuadrilla trabajaba en la cerrillada.

La estaban cortando al medio para que pasara la vía.

El, trabajaba en el fondo de la cortadura. El sol se había ido agrandando allá arriba hasta negarle su parte de cielo.

Después, era una brasa que descendía rozando las paredes de piedra.

Enamorado de sus herramientas, continuaba allá abajo: dele que te dele, marrón y pinchotes...

Cuando cantaron las chicharras, cayó redondito.

...Era brava la vía.

3

la ronda de las lavanderas

¡...Pero era lindo ver al pobrerío con plata en el cinto!

Los gurises del pago se habían puesto lustrosos de gordos.

Quién más, quién menos, todos andaban en alpargatas nuevas y limpitos.

Para eso estaba la ronda de las lavanderas.

No se había levantado el rocío cuando ellas comenzaban a "bajar al arroyo."

Esto del arroyo es una manera de decir. Eran el arroyo, y el río, y las lagunas... ¡Todo el abrazo de agua que rodea mi pueblo!

Al poco rato comenzaba el repicar de las paletas.

Quien las oyera sin verlas, pensaría en un coro de "picapalos".

Quien las veía, se encantaba con los copos de espuma que abandonaban sobre el agua lenta.

De sus manos, salían pompas de jabón, perezosas e ingenuas, que encontraban la muerte en las espinas.

Al mediodía, ya estaba la ropa blanca asoleándose sobre los trebolares.

El campo entonces, parecía cubierto de escarcha.

Y crecía por el monte como un olor a dignidad humana...

*
* *

Las lavanderas regresaban al pueblo al caer la tarde.

Traían el atado de ropas sobre la cabeza. Caminaban muy erguidas y garbosas, con un balde en una mano y la otra sobre la cadera.

Tenían un "no se qué" de esas mujeres con cántaros que se ven en los libros...

4

un "trabajito firme"

También había más nacimientos.

No porque hubiera más dinero. Los pobres no racionamos la vida.

Solamente porque había más pobres juntos.

Entonces se decidió dotar al Hospital de una sala de maternidad.

La construcción resultó una nueva fuente de trabajo y todos hablaban de ello. Se transformó en cuestión de orgullo local.

Ahora los carros también cargaron piedras. Eran para los cimientos. Pero a mí ya no me chocaba.

Hasta el viejo Froilán agarró viajes!

Era un hombre tranquilo y despacioso. Tenía entre cincuenta... y cien años. En él, el tiempo parecía detenerse. (No creo que haya muerto).

Una mañanita estaba mi padre mateando en la vereda.

Don Froilán entró en la calle con su carro tirado por cuatro yuntas.

Venía tan despacio, que en media cuadra suya pude cebar dos mates.

"¡Maacaaco!... ¡Chuurriinche!... Vamos caballos..."

Al rato, la tralla sonaba como con desgano.

(Llevaba una carrada de piedras para la Maternidad.)

"¡Muy buenos días Don Rodríguez!"

—Buenas Don Froilán; cómo le va!—

"...Lindo, lindo."

"Agarré un trabajito firme... Ando acarriando piedras pa la **"eternidá".**

5

"churrinche"

Decían que "Churrinche" jugaba con fuego.

Era un dinamitero. Gringo. Muy simpático. Tenía el pelo de color rojo vivo y mascaba tabaco.

Estaba de novio con una chinita muy linda que vivía a la vuelta de mi casa.

Cuando a boca de noche regresaba del río con mi perro, ellos ya estaban junto a los malvones...

El rancho era modesto: barro y paja. Con la escoba de chilcas, ella barría el patio hasta lo duro. En los canteros cercados por ladrillos de canto, siempre había violetas y cebollinos.

(Los malvones estaban junto a la porterita de respaldar de cama.)

Ella tenía los ojos muy rasgados y oscuros.

Le esperaba en el patio por los atardeceres tocando suavemente la guitarra.

Sabía cantar estilos melancólicos que terminaban en la palabra "corazón..."

Muchas veces volvía a pasar con mi perro para verlos.

Era lindo.

Pensaba que cuando fuera grande, aparte de ser poeta, bien podía ser dinamitero...

Pero una vez... "Churrinche" no volvió a los malvones.

Se bañó en su color hasta los huesos una mañana en que falló un barreno.

Después, me contaron que el barreno había estado esperándolo en silencio para decir la última palabra...

Y jamás pudieron encontrarlo.

...Pero sólo porque la gente no sabe donde van los churrinches cuando mueren.

6

la verdad histórica

Mientras tanto, la vía progresaba.

Y el pueblo ya era distinto. —No sé... tenía un color diferente. Había gente de la ciudad, que hablaba y actuaba de manera que nos era desconocida. Cierta vez

presencié algo muy pintoresco: fue en el boliche del "Trovero". Me habían mandado a comprar galleta y me perdí en el "cielo" de una "rayuela". Mirando no más. —Yo no jugaba—

Llegué al boliche de noche.

Era lindo el boliche.

Olía más bien a café y tenía ristras de zuecos en las paredes.

En una fiambrera, sobre el mostrador, siempre había guitarras y dulce de membrillo.

Estaba iluminado con faroles a kerosén. . . .El salón era largo, el mostrador bajo, y los estantes altos.

Junto a las paredes había barricas de yerba que eran para sentarse los haraganes. Ricardito estaba allí. Era el payador del pueblo.

Le habían buscado el mote cerquita del nombre pero un poco más abajo. En realidad se llamaba Ricardo. Pero no le servía. Quizás por la msima razón que tenía para sentarse en la barrica.

Me quedé en la puerta acurrucado mirándolo todo.

Ricardito preludiaba una milonga en la guitarra y cantaba alternativamente a los

parroquianos. Cuando terminaba, le tiraban unos cobres o le mandaban servir.

Mientras tanto, en las mesas manchadas de vino se jugaba a las cartas. Había unos hombres muy bien vestidos, con trajes y alpargatas azules, que siempre ganaban. Estos no iban nunca a la vía. . .

Bajo un farol, y contra el mostrador, estaba el "capinchero".

Era muy alto y flaco. Ahora me doy cuenta de que se parecía a Gary Cooper.

Pero entonces, cuando se paraba en una sola pierna recogiendo la otra, se parecía más bien a una cigüeña.

Usaba un sombrero riograndense de alas muy anchas y rectas. . .

(Debajo de un farol a kerosén, siempre hay un cono de sombra. Por tanto, su silueta más bien se adivinaba):

El vasito de caña, en cambio, brillaba como de oro sobre el mostrador. Cuando aparecía la mano del "capinchero", desaparecía el vasito.

Cuando aparecía nuevamente, estaba vacío.

Entonces, la mano hacía señas con el pulgar para que el bolichero lo volviera a llenar.

. . .Callado el hombre.

*
* *

Ricardito inclinó la cabeza sobre el instrumento y preludió largamente. Luego, alzando la frente arrugada, cantó una décima que terminaba así:

"Y le canto al "capinchero",
"con litúrgica amistá,
"en esta noche lunática,
"con toda sin-cé-ridaaaa!"

Una moneda salió brillando de las sombras y cayó a los pies de Ricardito: "tinn!".

Después salió una voz sorprendentemente grave y calmosa: "No me cantés más Ricardito..."

Y en las mesas lejanas: "¡Truco!" —¡Quiebro!.—

"¡Contraflor al resto!" —¡En vidrio!—

Era un mar de gente; de la vía; del pueblo; del campo...

Cuando se le acabaron los clientes, Ricardito volvió a los primeros:

"Y le canto al "capinchero"...

...Nuevamente la moneda precedió a la voz; pero ahora, esta se había tornado incisiva: "...No me cantés maj hermano".

Y a la tercera fue la vencida:

El "capinchero" dejó la sombra contra el mostrador y avanzó imponente. Agarró a Ricardito por las rodillas, vino hasta la puerta en dos zancadas... y lo tiró al medio de la calle.

Ricardito cayó sentado, con la guitarra en la falda, tal cual lo estaba sobre la barrica.

La gente se agolpó en la puerta, pues un hecho comenzado así, suele terminar en puñaladas.

Pero Ricardito, quizás ya muy civilizado por la vía, se levantó dignamente y sacudiéndose el polvo de los fundillos exclamó: "¡Con libertad, ni ofendo ni temo!"

Esta salida le dió gran predicamento en el pueblo.

¡Pero todo lo bueno dura poco!

Alguien se enteró de que antes lo había dicho el General Artigas..

7

viernes santo

En mi pueblo había costumbre muy antiguas y muy lindas.

Muchas de ellas tenían origen religioso y nos importaba conservarlas.

Por ejemplo ,las fogatas de San Juan y San Pedro, las quemas de "Judas", las cédulas de San Antonio...

Pero entre todas, la más pintoresca era la que teníamos para los Viernes Santos.

Consistía simplemente en salir a matar víboras.

Según la leyenda, quien las matara atravesadas en su camino, obtenía cien años de indulgencia.

Llegado ese día, se veían por el campo, por las sierras, por las picadas de los montes, familias humildes que, provistas de garrotes, andaban en procura de perdón.

Yo no creía en la leyenda; pero en cambio me gustaba mucho matar víboras.

Aquel año, salimos con mi padre y mis hermanos.

Todos éramos medio montaraces y nos encantaba andar a campo traviesa.

A media tarde coronamos el cerro "de Manduca".

Llevaba yo unas víboras muertas atadas al cinto, y me dediqué a cuerearlas colgadas de un talita.

Entretanto, mi padre, desde su asiento

en una piedra, nos hablaba de las transformaciones que iba a traer el ferrocarril: "Viene del puerto. —decía— y al puerto llegan de países lejanos costumbres muy distintas de las nuestras... —Nuestra tierra está cambiando... —Claro está que es necesario... Pero será trabajo de hombres sabios determinar cuánto podrá cambiar sin resentirse".

Después, y como cayera en un largo silencio, me volví para mirarlo.

Estaba observando el campo...

Desde la altura, éste se veía melancólicamente iluminado por el color de marzo.

Una carreta lejana, se iba esfumando junto al horizonte...

A contralúz, pasaba un peón arreando una tropilla...

De pronto alcancé a divisar la vía:

...Era como una víbora de hierro

8

"la nueva redota"

"Era como una víbora..." —le diría a mi padre un viejo tropero, poco después de terminada.

"Era como una víbora, y la criamos para que nos picara!"

Lo decía con amargura:

"Yo envejecí en el camino arreando vacas...

"Eso significa mucho para un hombre...

"Era sacrificado, pero lindo, llegar a Tablada con hacienda gorda...

'Cierto que tropeaba para otros; pero tampoco me faltó nunca un peso en el cinto...

"Ahora... fíjesé: de la portera de la estancia hasta la parada del tren, se pueden contar las leguas con los dedos de una mano...

"Embarco las vacas, y me quedo recostado al caballo mirándolas irse...

"¡Claro que con el ferrocarril se gana tiempo!

"...Se gana **mi** tiempo, y de paso, las migajas de mi cardúmen...

"¡Era como una víbora!"

Mi padre lo consolaba como podía:

"Son problemas de crecimiento...

"Los países nuevos son como los gurises... Cuando crecen se les aflauta la voz y se ponen medios zanguangos. Después, a medida que se hacen hombres, se van afirmando en su personalidad.

"Ya verá cómo el Gobierno encuentra solución a nuestros problemas".

Pero no podía consolarlo.

Porque... ¡había que ver aquello!

Después que llegó el ferrocarril, el pueblo enflaqueció de la noche a la mañana.

Se quedó como mirando sin rumbo...

Era como uno de esos gurises hechos de hambre, con los brazos caídos a los costados de la vida...

Entonces, los que habían venido, comenzaron a irse lentamente.

Se iban en tren, en carros, a caballo.

¡Hasta de a pie se marcharon familias enteras!

Partían buscando "fuentes de trabajo" donde abrevar un tiempo la esperanza...

Se marchaban malbaratando las parcelas que habían comprado para echar raíces; apenas un lugar en la tierra en donde alumbrarse con hijos, trabajar y morir...

¡Era un éxodo!

Me acuerdo de un anciano que se fue con su familia en la carreta: Después de cargar los gurises y la sillas, el hacha y la jaula del loro, el acordeón y la mujer, miró alrededor como desconcertado. Luego, sa-

cando un tarrito, le pintó este nombre a su carreta:

"...**La nueva redota".**

9

el "gaucho alambre"

El último en irse, fue el "Gaucho Alambre".

(Pero eso sucedió mucho tiempo después).

...Nunca lo comprendí muy bien al hombre.

A veces me parecía un estrafalario. A veces... algo más.

Era alto y delgado. Calidad de jinete.

Enfundaba las piernas, un poco encorvadas en unos pantalones a rayas.

Calzaba botas coloradas.

Dos profundos surcos le ponían la boca entre paréntesis.

Sus ojos, muy claros, brillaban con malicia.

Leía los diarios por afectación, y hablaba correctamente por ironía.

Cuando le ví por última vez, ensillaba en el patio.

Su caballo era el último matungo del pago.

Chicuelón. Peludo. Bayo encerado.

Ambos se parecían en lo flacos y se hermanaban en lo maliciosos.

Su recado, lloraba de pobre.

La cincha era de cuatro hileras. Como las escobas.

...Colgó la caldera del cinchón y "envalijó" el poncho "patria".

"¿Se va?" —le pregunté.

"Sí joven. **El país se está industrializando rápidamente y es necesario propender a la marcha del progreso".**

...A dónde se va!

"Al Rincón del Bonete. He pensado que ya es tiempo de ayudar a esos extranjeros". Pegó unas palmadas de aprobación sobre el recado.

"Con queeee... hasta prontito nó?"

Estribó dando un pequeño salto y voleó la pierna suavemente.

Así era él de personal para todo.

Me saludó "a lo comandante" llevándose dos dedos rígidos al ala del chambergo, y dio de riendas.

Alguien le vio cuando cierto tiempo después llegó a la represa.

Estaba allí, sobre su matungo, fumando indolente...

Había cruzado una pierna sobre la cabezada del lomillo, y observaba los trabajos con una luz de aprobación en la mirada...

En cierto momento, un capatáz americano se acercó preguntándole con acritud: "¿Qué querer úste."

El "Gaucho Alambre" le contestó en correcto inglés:

"Mí búscar trabajo, miste".

"¿Ou sí, eh?" —se enojó el otro poniendo los brazos en jarra—

"Y... de qué nátionalidad ser úste?"

"Mí ser inglés, miste".

Naturalmente, no le dieron trabajo.

Pero el "Gaucho Alambre" estaba empeñado en la rápida industrialización del país.

...Por eso fue que puso una venta de tortas fritas.

10

el ferrocarril

Pero eso fue mucho tiempo después de terminada la vía.

La tarde en que llegó el ferrocarril...

Era una linda tarde.

Mitad verde y mitad celeste.

Y sobre el verde nuevo, había redondeles de color.

Rojo. Violeta. Amarillo-canario.

Todo el Pueblo estaba en la estación. Yo fuí con la escuela.

Esa vez no me dieron la bandera porque ya hacía mucho tiempo que era "el peor de la clase".

Pero igual me obligaron a llevar zapatos nuevos.

Recuerdo que protesté por esto

Consideraba que, al no llevar la bandera, bien puede uno andar en alpargatas. Se me contestó, en cambio, que no se debe ir en alpargatas a esperar un ferrocarril.

En la estación, la banda local tocaba... "El jardín del amor"...

Los notables del pueblo, de gran parada,

estaban cerca de la banda junto al andén...

Se habían puesto muy nerviosos por la tardanza del ferrocarril...

Algunos de ellos dijo que en Inglaterra siempre llegan a punto, y miró airadamente para el lado del Paso de Polanco del Río Negro.

Comprendí que Inglaterra debía de quedar con ese rumbo.

Los demás asintieron vigorosamente.

Eso me lo confirmó.

Para entretener al Pueblo, decidieron que la banda debía tocar nuevamente. Parlamentaron largo rato con el director. Este, a su vez, parlamentó con los músicos, y, al fin... "un-dos-tres:"

Volvieron a tocar "El jardín del amor!"

Me dediqué a observar al señor que tocaba el bajo.

Los dos eran bajos Pero el bajo era más alto que él.

Sonaba como un ternero que se hubiera tragado un embudo...

Los notables, mientras tanto, transpiraban copiosamente.

Parece que algo había salido mal.

El "Gaucho Alambre" informó sobriamente que la vía estaba torcida.

Pero pronto se vio que de todos modos funcionaba porque al fín apareció el tren.

Era el primero que yo veía. —Fue una emoción muy grande!—

Parecía estar constituído por muchos camiones enrabados, pero entonces, con ruedas de carretilla.

El gaucho "Alambre" reconoció que era un gran invento: "puede echar humo y tocar el pito al mismo tiempo" —nos hizo notar—.

Luego, miró reverentemente para el lado del Paso de Polanco.

La verdad es que estábamos muy conmovidos...

Mientras cantábamos el Himno, algo cálido me fue invadiendo los sentidos.

El progreso llegaba despertando durmientes!

Delante del tren, y por la vía, me pareció ver avanzar al picapedrero, como en sus buenos tiempos, con aquel aire alegre y el marrón al hombro...

Y a "Churrinche", el dinamitero, con su novia del brazo...

Y al ingeniero que cayó en el encofrado del pilar del puente...

¡Y después, a todos!

A los del sudor, a los de la sangre, a los de las lágrimas.

Al Pueblo, en fín, humilde y poderoso; amo y esclavo; justo y pecador.

Nosotros, los escolares, estábamos entonces cantando el Himno para El.

Pero, naturalmente, era sólo una ilusión...

Al fín, el tren se detuvo.

...Y bajaron los políticos.

DOS CUENTOS DE PLATA

A Luis Reyes Terra
y María Julia...

1

cinco pesos de orgullo

Desde que volvió aquella tarde en un matungo y arrastrando el regatón de la lanza, ya no volvió a ser el mismo.

Venía barbudo, sucio, malherido...

Vivió cincuenta años más sin embargo. Se había venido al Este y afincado en las proximidades de un balneario. Allí murió a los noventa y tantos; no hacen muchos.

De oficio, era güasquero. Coronel... aficionado. (Con este grado changaba en las revoluciones.)

En sus últimos años, confirmaba su jerarquía con un orgullo manso.

Era cuando algún atrevido lo aludía como "hecho a dedo".

"A lanza..." —rectificaba suavemente, "...a **lanza**".

Allí estaba su arma para demostrarlo. Lanza brava; de cuatro medialunas; forjada primorosamente para él. El astil, de

laurel de monte, se mostraba pulido por el uso.

Era su orgullo.

Y fue lo único que heredó su mujer.

Aparte del hambre.

Cuando ya no quedó en el rancho quien trenzara, ella comenzó a lavar para afuera.

Pero la vista no le daba. Lavaba mal. Planchaba peor. De lo cual resultó que comiera salteado por más que trabajara de corrido...

Pero no aflojaba.

Era seca y dura como la lanza.

Cuando apretaba el hambre, se sentaba a mirarla. Cuando se levantaba, se le había achicado el hambre y se le había agrandado el alma.

No aflojaba.

Era la viuda de un coronel.

Solía visitarla un coleccionista.

Conocía la fama del guerrero, y la historia del arma.

...Ninguna había entrado tan hondo en la leyenda.

El hombre solía ponerse "incondicionalmente a sus órdenes" para terminar diciéndole: "Y... ya sabe: cuando quiera unos reales por ese fierro..."

(Pícaro el hombre.)

También tenía una hija; pero ésta, nunca la visitaba.

"Cosas de muchacha" —solía justificarla. —La **"muchacha"** tenía ya sesenta años. Vivía en Montevideo. **"Muy enferma la pobre". "...Estas muchachas de ahora..."** Y siempre estaba recurriendo a la madre. Le enviaba una esquelita y allá iba ella como podía; segura de arrimar algún consuelo.

Aprendió que ciertos ómnibus no cobraban pasaje. Eran los de la compañía del balneario. Facilitaban el acceso y regreso de los interesados en solares.

En ese invierno, el hambre apretó mucho.

Algunos días no pudo encender fuego... Después se resignó a salir a juntar chilcas. Así, la cosa mejoró algo. Volvía al caer el sol con un atado de ramas sobre la cabeza...

Pero cada vez lavaba menos. En la tina, le crujían los riñones. En las noches sin sueño, el corazón.

"Si no fuera por la lanza", pensaba...

Pero esto también se le terminó.

Fue cuando llegó la carta.

...Cuando llegó la carta, ya iban para tres días que se le había lavado el mate...

Se la quedó deletreando varias veces:

"Véngasé mama... muy enferma... su hija que la quiere..."

Comprendió que tendría que conseguir lavados. Su "muchacha" aguantaría dos o tres días y ella podría llevarle para remedios...

Salió a buscar ropas, pero... ya no le daban.

Casa por casa, la contestación era la misma:

"...Tenemos lavandera".

Caminando, se le fueron dos días.

Al tercero, se sentó a mirar la lanza. Ya no sentía el hambre.

Esperaba un milagro.

Y vino el coleccionista.

"¿M'hija, sabe?... enferma... —Si no fuera por ella..."

El hombre le dio cinco pesos. De plata. Para que parecieran más.

"En el fondo le daba vergüenza... pero ella debía comprender que al fin y al cabo no era más que un fierro..."

Ella miraba el arma lagrimeando mientras ataba las monedas en la punta del pañuelo negro...

Cuando llegó a Montevideo, estaban sacando el cuerpo.

Del cementerio a la plaza Independencia, volvió de a pie... rumbeando... perdida entre el gentío de Dieciocho de Julio... Más dobladita que nunca sin la lanza.

Tomó el ómnibus, como siempre, y la sorprendió la voz del guarda:

"Boleto señora".

Los pasajeros la miraban esperando el espectáculo. "He aquí una pajuerana que va a hacer una de las suyas".

Ella no comprendía bien. "¿Boleto dijo?"

"Sí señora. ¿No tiene boleto? Este ómnibus no es el del balneario. El pasaje cuesta cinco pesos".

Ella miró en torno y vio la numerosa sonrisa. Se sintió muy desamparada y sola... Pero la lanza vino en su auxilio. La vio patente en manos del héroe. El estaba de a caballo sobre una alta cuchilla... La lanza brillaba como si fuese de plata...

...Comenzó a desatar la punta del pañuelo negro.

"¿Cinco pesos, dijo?"

(Una fuerza de entrañas la entibió hasta los huesos...)

"...Y **qué son cinco pesos pa la viuda de un coronel!"**

2

el peso de dios

Cuando el Manuel llegó al arroyo, las chicharras cantaban a grito pelado...

Fuera del monte, la tierra se cuarteaba al sol. Pero allí, el sitio era fresco y umbrío...

Las guías de los sauces caían lacias sobre el espejo...

No corría la menor brisa...

Parecía que el tiempo estaba detenido...

Como el arroyo.

El arroyo apenas pasaba copiando sauces sobre el lecho de arenas...

De vez en cuando el agua recibía una hojita lenta, y la rodeaba en anillos...

"...Curiosa el agua."

El Manuel pensó en bañarse...

Pero no lo hizo. Era un hombre. Tenía diez años largos. Largos... y flacos. Años de pobre.

"Una sartenada de mojarras, ya es algo... —Pero si el arroyo me diera 'alguna boguita" —pensaba...

"Por si cuela" llevaba un bagrero. Mientras lo estaba encarnando, asomaba la punta de la lengua por el "portillo".

"...Algo hay que llevar a las casas."

"¡Cosa fiera el hambre!"

Largó el bagrero al medio del arroyo y esperó a que fondeara. Luego lo ató y le puso una señal de chala...

Ahora se había sentado en un tocón de sauce con el mojarrero.

"...Cosa fiera el hambre."

Escupió por el portillo y se quedó mirando la boyita de ceibo...

*
* *

De fuera del monte le llegó un alboroto

"¡...chá digo! Los gurises."

Eran ellos.

Venían muertos de risa porque el "Musculito" Vieytes, pitando, se había atorado con humo.

"Muchachos locos" pensó el Manuel.

Comenzaron a desvestirse riendo y dándose manotadas.

'¿No te bañás, Manuel?"

Los miró de soslayo, "a lo hombre", y volvió la vista a la boyita.

"No. —...Vine a mojarrear".

Se tiraron al agua.

Eran hechos a callejón y monte. Cuerpitos elásticos; morenos de sol.

Lindos gurises.

Levantaban surtidores de agua y zambullían como anguilas.

...Era una gran alegría de sol, de agua, de chicharras y de gurises.

*
* *

El Manuel salió del agua antes que los otros.

"Me han corrido la pesca", se justificaba.

De pronto, vio el peso. Era en papel moneda, y estaba equidistante de todas las alpargatas.

El corazón le dio un vuelco. "¿...Será de alguno de ellos?"

"¡No... no puede ser! —¡...De dónde iban a sacar un peso!

"¿Pero... si es?"

Apresuradamente metió el peso en una de sus alpargatas y comenzó a ponérsela como con desgano...

Lo rodearon de risas y bromas...

El Manuel sentía una gran vergüenza y no podía levantar la vista.

Toda una tradición de honradéz familiar le pesaba en los párpados...

"...Cosa fiera el hambre" —dijo en voz

alta— y se irguió escupiendo por el portillo.

"¡Je - je - je!" rió el "Pajarito" Carmona— "¿Tenés hambre? ¡Comé matambre!"

"¡Ja - ja - ja!" —rieron todos—. El "Musculito" Vieytes se revolcaba de risa agarrándose la barriga.

Se habían vestido en un santiamén, y tenían las camisas pegadas a los cuerpitos húmedos.

*
* *

"¿Vamos a jinetear terneros?

El Manuel suspiró aliviado. —Por lo menos todavía no se habían dado cuenta. Pensó decirles que había encontrado el peso, pero desistió.

"Si no es de ninguno, igual me lo van a reclamar..."

"¡Eh! —¡Manuel! —Estás sordo, o usás las orejas para ponerles puchos"

"No... yo no voy, muchachos; vayan ustedes..."

"¡Vení, vení! —¡Qué víbora te ha picao!" No se atrevió a insistir.

"Capaz que se dan cuenta..."

Salieron del monte a las risas, tirando

piedras, bajando nidos, luchando sobre los flechillales...

Después, mientras corrían por el callejón tras los terneros sueltos, el Manuel iba pensando en "su" peso:

"Un quilo de galletas... medio de azúcar... algún real de yerba para el tata..."

*
* *

El "Tarta" Fuentes, era "seco para el lazo". Con una cuerda que solía llevar arrollada a la cintura, había pialado un ternero.

"Va-va-va be-be-bellaquiar f-f-féo" —gritó alborozado mientras lo sujetaba. El ternero era barroso; grandote; ya le apuntaban los botones de los cuernitos.

"Manuel: ¡Ginetealo vos, que te prendés mejor!" Era el "Pajarito" Carmona que ya lo estaba orejeando.

"...Capaz que me sobra algún vintén para chocolate" —calculó mientras saltaba sobre el ternero. Se lo largaron.

"¡Abajajá ternero!" El Manuel iba "cara vuelta" agarrado del tronco de la cola. Los gurises lo seguían a los gritos y bellaqueando solos entre la polvareda.

Al "Musculito" Vieytes se le caían los

pantalones y se los iba zungando entre corcovo y corcovo.

"¡Abajajá, ternero!"

El Manuel corría unas espuelas imaginarias por los flancos del barroso.

Las canillas, requemadas de sol, le brillaban como mangos de hacha.

"Me has de voltiar si sos brujo y tenés cueva en el monte!"

En eso, el ternero lo descargó en una zanja.

Se le salió una alpargata con el golpe y se puso pálido.

Pero... no: ¡era la otra!

Suspiró aliviado. Su peso seguía allí, escondido de todos, pagando su esperanza.

"Capaz que hasta me da para un trompo..."

Tomó una súbita decisión:

"Bueno muchachos... yo me voy... sigan ustedes..." Pero no hubo caso.

¡"No, tenés que seguir! ¡Así no vale! "¿Qué te pasa hoy?"

Así, tuvo que andar toda la tarde con su tesoro en la alpargata y su miedo en el corazón. Fue una larga tarde de angustia y alegría; de vergüenza y esperanza...

Recién a boca de noche pudo liberarse. Sudoroso, cansado, se sentó en una piedra

camino de su casa. Allí, en la esquina, el boliche del turco Jaime destacaba en las sombras su puerta iluminada. Nunca le había parecido tan lindo el boliche. Ahora con plata, era casi como un sueño...

"Medio quilo de galletas... un real de azúcar... un "medio" de yerba "para el tata... y un trompo! Un trompo de colores... verde... azul... rojo, como el del hijo del dotor..."

Se descalzó la alpargata tembloroso, y, allí estaba su peso.

Húmedo... deshecho... irreparable!

INDICE

		Pág.
ENTIERRO DE CARNAVAL (Novela corta)		7
LOS DURMIENTES (Novela corta)		45
I	el camión	47
II	el picapedrero	50
III	la ronda de las lavanderas	52
IV	un "trabajito firme"	54
V	"churrinche"	56
VI	la verdad histórica	57
VII	Viernes Santo	61
VIII	"la nueva redota"	63
IX	el "gaucho alambre"	66
X	el ferrocarril	69
DOS CUENTOS DE PLATA		73
Cinco pesos de orgullo (Cuento)		75
El peso de Dios (Cuento)		80

Este libro se terminó de imprimir el 15 de Octubre de 1960 en los talleres gráficos de Galería Libertad, Presidente Berro 2609, Montevideo

OBRAS DEL AUTOR:

GRILLO NOCHERO
(Poemario)
(3ª Edición)
"1904" (LUNA ROJA)
(Poema dramático)
(Premio Ministerio de Instrucción Pública del año 1957)
ENTIERRO DE CARNAVAL
Y OTRAS NARRACIONES
(Novelas y cuentos)

En preparación:
"MISTICA DEL
TRADICIONALISMO"
(Ensayo)
CANTOS DEL NORTE Y
DEL SUR
(Poemario)

DE NUESTRO CATALOGO

BIBLIOTECA ESTUDIANTINA
FLOR NUEVA DE ROMANCES VIEJOS, Menéndez y Pidal
OBRA COMPLETA, Manrique
ARTICULOS DE COSTUMBRE, Larra
LA LEYENDA PATRIA, J. Zorrilla de San Martín
ARIEL - PARABOLAS, José Enrique Rodó
OBRAS, Garcilaso
LA ORESTIADA, Esquilo